

deseaba contemporizar con los Calvinistas, al paso que los temia, y que veia que esta asamblea iba á parar en hacerse facciosa; para legitimar, al menos en la apariencia, su sínodo de Saumur, le remitió letras convocatorias, que el sínodo no quiso aceptar, pretendiendo «que no queria ser obligado, puesto que le «asistia un derecho para reunirse, sin necesidad de semejantes «letras ¹.»

Los Católicos, que formaban la inmensa mayoría de la Francia, no quisieron exigir de Enrique mas que el que se hiciese católico, como lo eran ellos, pues tal era el objeto de la Liga; mas los Protestantes no se limitan en la cuestion religiosa; proscribieron á los Jesuitas, y marchaban abiertamente á la federalizacion de las provincias y desmembramiento del reino.

¹ Proceso verbal de la asamblea de Saumur, 1595.

CAPÍTULO XVII.

Los Jesuitas en el Japon. — Naufragio de cuatro Padres. — Sumitanda, príncipe de Ormura, destierra el culto de los ídolos. — El P. Coello bautiza en Cori á los bonzos. — Civandono, rey de Bungo, y el P. Cabral. — El rey de Arima se hace cristiano. — La Religion en Gotto y en Cicugen. — Persecucion en Arima. — Hácense los Jesuitas comerciantes en el Japon. — Por qué. — Recibe Civandono el Bautismo. — Carácter de los japoneses. — Joscimundo, rey de Bungo. — Niégase el P. Froes á otorgar el Bautismo á la Reina. — Fundan los Jesuitas la ciudad de Nangasaki. — Estado de la Religion en el Japon. — Nobunanga y Morindono. — El P. Valiñani visitador en el Japon. — Congregacion en Cocinoux. — Concluye Valiñani la paz entre el rey de Arima y Biozogues. — Nobunanga y el P. Organtini. — Grandeza de Nobunanga. — Su muerte. — El general cristiano, Justo Ucondono. — Modo de tratar los Jesuitas con los japoneses. — Embajada del Japon al sumo Pontífice. — Su recibimiento en Roma. — Taicosama y los Cristianos. — Otorga este á los Jesuitas la facultad de predicar en todo su imperio. — Hácese amigo suyo el P. Coello. — El bonzo Jaucin y las mujeres de Arima. — Proscripcion de Ucondono. — Reciben órden los Jesuitas de salir del imperio. — Estrategema del P. Coello para quedarse. — Prohíbese el culto católico. — Reúnense en Firando los Jesuitas. — Decídense á arrostrar las órdenes del Emperador. — Apostasia de Joscimundo, rey de Bungo. — Los dos primeros mártires japoneses. — Regresa Valiñani al Japon y se hace presentar como embajador del virey de las Indias. — Su recepcion en el palacio de Taicosama. — Los Jesuitas en Corea. — Manda envenenar el rey de Firando á cinco Padres. — Bula del papa Gregorio XIII, prohibiendo la entrada en el Japon á las demás Órdenes religiosas. — Llegan de Filipinas los Franciscanos. — Causas de la persecucion. — Influjo y opulencia de los Jesuitas. — ¿Por qué no habia un clero indígena? — Las amenazas de un español producen una nueva persecucion. — Los Franciscanos y los Jesuitas. — Su martirio. — El P. Valiñani. — Muerte de Taicosama. — Tratan los cristianos de Firando de defenderse contra sus perseguidores. — Los Jesuitas les inculcan la obediencia. — Muerte de Agustín Tzucamindono. — El emperador Daifusama y el P. Organtini. — Política de este Príncipe con respecto á los Jesuitas. — El P. Spínola. — Muerte de Organtini. — Forman los Jesuitas un clero indígena. — Los ingleses y los protestantes de Holanda delatan los Jesuitas á Daifusama. — Ordena este que se les persiga. — Martirio del príncipe Tomás y de su familia. — Cofradía del martirio. — Valor de los japoneses. — Deportacion de los Jesuitas. — Quédanse en el Japon Carlos Spínola y algunos otros Padres. — Sus padecimientos. — Muerte de Daifusama. — Martirio de los PP. Rodolfo, Aquaviva y Pacheco en Salseta. — El P. Rodolfo en el Gran Mogol. — Gerónimo Javier en dicho imperio. — Los mártires Jesuitas. — El P. Barreira

en Guinea. — Los Jesuitas en el Cabo Verde y en las islas Fortunadas. — Hácese cristiano el rey de Tora. — Los Jesuitas en Monomotapa. — El Padre Pablo Alexis. — El P. Paez en Etiopia. — El jesuita Luis de Acevedo y de Angelis. — Industria de los Jesuitas en Méjico. — Los ciegos y los mudos. — Martirio de los PP. Lopez y Urrea en el Perú. — Alfonso Barsena y el Tucuman. — El P. Valdiva y los araucanos. — Los Jesuitas dan la libertad á los esclavos de Chile. — Martirio de los PP. Aranda y Vechi, y del hermano Montalban. — Triunfos de los Padres en el Brasil. — Mision del P. Zgoda en Tartaria.

Veíanse mezclados los Jesuitas en todas las crisis europeas, y experimentaban como de rechazo sus consecuencias, estándoles reservada la misma suerte en el Japon, donde no solo tenían que luchar con los bonzos, sino que les era tambien indispensable conjurar la tormenta que les suscitaban varias pasiones rivales, ora para proteger, como para destruir el culto de que Francisco Javier habia sido el apóstol. Al principiar Everardo Mercurian las funciones del generalato por los años de 1573, se contaban ocho misioneros en este vasto imperio, es decir, que no igualaban con mucho al número de testas coronadas. El P. Gonzalo Álvarez, que habia recibido orden de dirigirse á este país en compañía de otros tres Jesuitas, se vió asaltado de una enfermedad mortal; mas, á pesar de eso, escribió desde Macao al General de la Orden en el momento de embarcarse, expresándose en estos términos: « Todos me describen unánimes el viaje al Japon como muy peligroso, en razon del estado de mi salud; mas aunque mis padecimientos son tales que apenas puedo tenerme en pié para celebrar el santo sacrificio de la misa, nada me importa: pertrechado en el parapeto de la obediencia, marchó, dispuesto á todo lo que plazca á Dios ordenar de mí, confiando especialmente en aquellas palabras que vuestra Paternidad me ha escrito: *Que si me aconteciere morir en esta empresa, no tendrá que serme doloroso el sacrificio de mi vida.* »

Álvarez y sus compañeros naufragaron al dar vista al Japon; mas aunque la pérdida de los cuatro misioneros debia ser una calamidad para los que quedaban aguardando algun refuerzo, léjos de abatir su valor, sirvió para comunicarles una nueva energía. El P. Cabral continuó la visita de las misiones, viéndose con frecuencia precisado á confiar su existencia á los mismos piratas para sustraerse á los ataques de los bandidos que obstruían los ca-

minos y el mar. Ya en 1574, Bartolomé Sumitanda, principe de Ormura, no podia ocultar su celo en favor de la religion católica; celo que le valió una insurreccion de sus súbditos, fomentada por los bonzos; pero que logró apaciguar, triunfando en batalla campal de los insubordinados; y como para consagrar su victoria, se resolvió algunos meses después á abolir el culto de los ídolos, despachando en seguida á tres Jesuitas, que obedientes á su voz recorrieron el principado, predicando, erigiendo calvarios, bautizando y recogiendo una abundante mies de cristianos. La ciudad de Cori, mansion habitual de los bonzos, habia anunciado que se resistiria á recibir á los Padres; y era el pueblo por otra parte tan adicto á sus supersticiones, que el mismo Rey escribió á los misioneros que no acometiesen semejante empresa. Pero estos, como todos los hombres de fe, que acostumbrados á la lucha, no imaginaban que pudiesen existir cosas imposibles, se ofrecieron á penetrar en dicha ciudad, llevando á su cabeza al P. Coello. Agradecidos los bonzos á sus propuestas, y admirándose de su intrepidez, fueron los primeros en recibir el Bautismo.

En la misma época Civandono, rey de Bungo, que tenia dos hijos, y que trataba de asegurar al mayor la tranquila posesion de la corona, haciendo un bonzo del segundo, llamó cerca de sí al P. Cabral. Es de advertir, que aun cuando los japoneses no habian jamás oido hablar de nuestras costumbres europeas, el instinto mismo de la propia conservacion les hacia conformarse con ellas. El jóven Principe contaba solos catorce años; pero cuando llegó á conocer las intenciones de su padre, se opuso á ellas con tal resolucion, y declaró tan solemnemente querer ser cristiano, que Civandono suplicó al Jesuita que se presentase á él, y luego que estuvo instruido en los dogmas de la Religion, tomó con el Bautismo el nombre de Sebastian. Fue seguido su ejemplo por un gran número de los grandes, inaugurándose el año de 1576 con una conversion mas ruidosa todavia.

Hacia ya largo tiempo que el rey de Arima favorecia á los Cristianos, sin atreverse empero á abrazar públicamente el cristianismo, hasta que fue iluminado en su interior por el valor de su sobrino, el hijo del rey de Bungo, para que renunciando á sus ídolos y pasiones, entrase en una nueva vida. No obtenia menores triunfos en Gotto y en el reino de Cicugen el P. Melchor Figueredo, siendo tan fervorosos sus catecúmenos, que en unas partes

se reunían los domingos, príncipes y súbditos, confundidos todos en una santa igualdad, procurando encontrar en sus conferencias las razones mas concluyentes para cerrar la boca á los bonzos: en otras se consagraban á las obras de caridad; y en todas visitaban á los afligidos, y asombraban á sus antiguos sacerdotes con aquella abnegacion, que para ellos era un misterio mas incomprensible todavía que el del catolicismo.

Mas no tardó mucho en dejarse sentir una tormenta que turbó la calma de esta pequeña colonia. La reina de Bungo, que no participaba de la amistad que su esposo Civandono mostraba á los Jesuitas, y que aun cuando habia consentido en el bautismo de su hijo, no habia tardado en arrepentirse, se aprovechó de la primera ocasion para ostentar todo el lleno de su cólera. Dió orden un dia á un jóven neófito para que fuese á buscarle un ídolo; y el neófito se negó á ello. Mirando la Reina un crimen en esta repulsa, se quejó á su hijo mayor, investido á la sazón por Civandono con la administracion del reino, y el catecúmeno fue condenado á muerte. Pero los Jesuitas le ocultaron en lugar seguro, y pasando en seguida á explicar al Monarca los motivos de su desobediencia: «Jamás, señor, le dijeron, tendréis unos súbditos «mas sumisos que los cristianos; pero sabed que el Evangelio les «prohíbe toda especie de contacto con los ídolos: dejadlos en su «creencia, y nosotros os garantimos su fidelidad á toda prueba.» El Monarca confió en estas palabras.

Hasta entonces no se habian erigido en el Japon sino pequeñas capillas, sin lujo ni ostentacion, originándose de esto varias quejas por parte de los catecúmenos, que habituados á la riqueza de los templos paganos, sentian no poder dar al verdadero Dios una iglesia digna de él y de ellos. Impulsados los PP. Froez y Organini por estas instancias, cuya justicia conocian, se decidieron á echar en la ciudad de Meaco los fundamentos de un templo que debia por su magnificencia corresponder á la grandeza del cristianismo, y producir una impresion favorable en el ánimo de los naturales. Asociáronse todas las clases á esta idea; empezaron los trabajos, que fueron terminados con rapidez, y se consagró en breve el edificio, bajo el título de la Asuncion, en memoria del arribe de san Francisco Javier al Japon en semejante dia.

El monarca de Arima falleció un año después de haber abrazado el catolicismo, pasando á sucederle en 1577 su hijo mayor,

que inauguró su reinado con un decreto para que se persiguiese á los Jesuitas; pero en el momento de comenzarse la persecucion intervino Sumitanda con el nuevo Soberano, haciéndole comprender lo inútil, al par que odioso, de sus tentativas. Calmó la tempestad en Arima para estallar en Bungo. Cicatandono, hermano de la Reina, participaba de su odio á los misioneros y demás cristianos, y una y otro se disponian á exterminarlos; empero el Padre Cabral, que no era hombre que se dejase tan fácilmente coger en el lazo, y que tenia á su cargo la defensa y proteccion de sus neófitos, poniendo en juego todo su valor, supo triunfar de las intrigas de la Reina.

Aumentóse á la sazón el número de misioneros con el arribo de otros trece Padres, que pasaron á coronar esta victoria con un nuevo refuerzo. Érale preciso á Cabral aumentar el número de habitaciones, y para realizarlo, concibió el proyecto de crear un colegio con su noviciado, donde una vez amoldados los niños á la piedad y á las letras, pudiesen ser en lo sucesivo los herederos de su celo. Alistar á los neófitos japoneses bajo la enseña de la Compañía de Jesús, y después de haber instruido los mas inteligentes, enviarlos á la conquista de sus compatriotas, era el pensamiento mas propio para consolidar la fe en aquel país, y hacer que echase profundas raíces. No pensaban aun los Jesuitas en formar un clero indígena, é independiente de toda autoridad, porque creian que acostumbrándole á la obediencia y sujetándole á votos perpetuos, la Religion que acababa de nacer en aquellas comarcas, no se veria expuesta á los cismas ó errores que suele provocar la independencia. Mas para realizar su plan eran menester recursos pecuniarios, porque, desde que Javier habia franqueado el Japon al cristianismo, se habia visto precisada esta mision á sostenerse con limosnas insuficientes, ó con las provisiones que de su patrimonio le facilitaba el P. Almeida. Este Jesuita, que habia sido comerciante antes de su ingreso en el Instituto, continuó en él sin ascender al sacerdocio; y pasando á la clase de misionero como muchos otros europeos ó japoneses, que se agregaban á la Sociedad con el objeto de servirla en los negocios externos, fue autorizado para dejar su fortuna en el comercio durante algun tiempo, y esta fue el único recurso, con muy pocas excepciones, de las numerosas reducciones japonesas. Los príncipes y demás magnates cristianos, forzados á guerrear ora por su cuenta, ora

por sus soberanos, no eran tan opulentos como presentaba el lujo de sus palacios ó de su séquito; y para construir las iglesias y para subvenir á los gastos de culto y viajes, urgía buscar algunos otros medios, que les ofrecia la antigua posicion de Almeida, y que los comerciantes portugueses procuraban secundar.

Vivia aun en 1578 el rey de Bungo, que tan favorable acogida habia dado en sus Estados á Francisco Javier, y que tan propicio se habia mostrado al cristianismo; pero habian sostenido sus pasiones una lucha tan encarnizada contra la verdad, que no habia recibido aun el Bautismo, y que parecia entonces estar mas distante que nunca de pedirlo. En esto, repudió á su mujer, hostil siempre á los Cristianos, y se casó con la suegra de su hijo Sebastian, llamando en seguida á un Jesuita japonés, por nombre Juan, para que instruya á esta princesa. El Jesuita logró convertirla, y aun llegó á conseguir que Civandono sometiese sus dudas al Evangelio, otorgándole el Bautismo el 28 de agosto de 1578. Apenas hubo abrazado el cristianismo, viendo que Joscimundo, su hijo mayor, se hallaba dispuesto á imitar su ejemplo, le abandonó del todo las riendas del Estado; mas para coronar su reinado siempre dichoso se resolvió á fundar en el reino de Fiunga una ciudad, que será habitada únicamente por Cristianos.

Tenian los Jesuitas un adversario mas temible que la persecucion, y este era su inconstancia. Pueblo entusiasta y voluble, se contentaba con tomarlo todo por encima sin penetrarse jamás de sus afecciones ni de sus deberes. Aquellos misioneros, llegados desde tan léjos, para conducirles la buena nueva de su salud; aquel Dios muerto en una cruz, y aquellas mismas virtudes que les predicaban, tan extrañas á sus ojos como á sus principios, todo habia contribuido para exaltar su imaginacion; mas era menester afirmarlo en su fe, y dar á su natural tan impresionable la perseverancia, que era la única que podia realizar tan excelentes principios. Tal era la obra que se habian propuesto consolidar los Jesuitas, á cuya cabeza se hallaba Froez, mostrándose cada vez mas difíciles en otorgar el Bautismo, y haciéndole como una especie de recompensa, de que solo podian disfrutar los mas instruidos. Instaba Joscimundo al P. Froez, á que concediese el Bautismo á su real compañera; pero este, que no la veia tan dispuesta como deseaba, y que trataba de experimentar su fe, se negó á la demanda, contestando al Monarca en los siguientes términos:

«Ved, Príncipe, cuánto difiere nuestra ley de la de los bonzos, «porque ¿quién de ellos, oida la peticion de un soberano tal como vos, se hubiera negado á iniciar á la Reina en los arcanos de «su secta? Pero los Cristianos seguimos otra marcha; no precipitamos las cosas, cuando se trata del negocio de la salvacion eterna de un alma: la Reina no está todavía suficientemente ejercitada en la práctica de nuestra santa ley, y por lo tanto, no nos «es permitido asociar á sus preceptos á los grandes de la tierra, «hasta que pueden por medio de una vida ejemplar servir á los «demás de modelo.»

Froez conocia muy bien que una repulsa hecha en estos términos debia exaltar los ánimos de la servidumbre real; pero queria ante todas cosas hacer desear el Bautismo, para que se le respetase mas después de conferido.

Contábanse en el Japon veinte y nueve Jesuitas europeos, y mas de cien mil cristianos. Era Nobunanga el soberano mas poderoso, pues tenia bajo su mando veinte y seis reinos, mientras que Morindono, su rival, imperaba á solos trece; pero estos dos hombres, enemigos encarnizados entre sí, no eran hostiles al cristianismo en manera alguna. Hallábase mucho mayor número de catecúmenos en la parte del Japon que se llama el Ximo, en el Xicoquo y en la Tosa, que en ninguna otra comarca; ya porque en estos parajes era donde abordaban comunmente los portugueses que pasaban á la China, ya tambien porque los soberanos de este país, dejando aparte su respeto á los ídolos, tenian una razon muy natural para favorecer la propagacion de la religion católica, que les aseguraba la libertad de comercio con los europeos: En Figen, donde mandaban los reyes de Arima, de Ormura y de Firando, á mas de existir unos cincuenta mil cristianos, empezaba á elevarse la ciudad de Nangasaki, bajo la proteccion de los Jesuitas, para que sirviese de asilo á todos los neófitos perseguidos en su patria, formando la primera residencia de los Padres, así como Ormura formaba la segunda, y Cori la tercera.

Todas estas cristiandades, separadas unas de otras por medio de montañas, mares y selvas, y agitadas siempre por el vendaval de la guerra, ofrecian mas de un obstáculo para su gobierno interior: suscitábanse persecuciones ya en un punto ya en otro; acontecian errores en una materia y decepciones en otra; y veíanse, por último, expuestos los Cristianos á los caprichos de los prin-

cipes y á la rivalidad de los bonzos. Una revolucion cualquiera privaba á los Jesuitas del fruto de muchos años de trabajo; y sin embargo, nada era capaz de desalentarlos. Un nuevo huracan amenazaba hundirlos para siempre: el rey de Saxuma entró con su ejército en el territorio de Bungo, y venciendo á Joscimundo, le hizo perder el prestigio de grandeza con que su padre habia ennoblecido al trono. Los bonzos, que veian que este Príncipe se mostraba favorable al cristianismo, se hicieron de esta propension un arma para atizar la cólera del pueblo; y este, que no pudo vengar su derrota en el vencedor, dirigió su patriótica desesperacion contra los Jesuitas, imputándoles la culpa de la vergonzosa fuga de sus soldados. Los bonzos habian recobrado su ascendiente sobre la multitud, y le emplearon en obligar á Joscimundo á declararse enemigo de los Cristianos. El Monarca suscribió á estas condiciones; pero hasta que su padre, cuyo recuerdo se hacia mas dulce que nunca á los habitantes de Bungo, hizo el oficio de mediador entre la efervescencia del pueblo, la debilidad del soberano y la inocencia de los neófitos, y su voz fue atendida.

En la misma época se levantaba en otro punto una borrasca todavía mas espantosa, suscitada por la ambicion de Nobunanga, que aunque favorable á los Padres, no temia sin embargo sacrificarlos para la consecucion de sus fines. Hallábase este Príncipe sitiando una ciudadela, cuyo gobernador era Justo Ucondono, militar aguerrido, á las órdenes de Araqui, uno de los adversarios de Nobunanga: la plaza se resistia á los esfuerzos del sitiador, que irritado de la resistencia, mandó echar mano á los Jesuitas de Meaco, y por medio de ellos anunció á Ucondono que si no le entregaba sin demora la plaza, los haria morir á todos en una cruz. El Gobernador, que, para garantir su fidelidad, habia dejado en rehenes á Araqui á su hijo y hermana, vaciló un instante sobre la desoladora alternativa que le ofrecia la muerte de estos objetos queridos á su corazon, que sin duda serian inmolados por Araqui, y la de todos los misioneros y Católicos; y sobrepujando en su alma el deber á la ternura, sacrificó á su hermana é hijo, rindiendo la plaza; pero su jefe, que comprendió el horrible combate que debió tolerar en su corazon el Gobernador, perdonó á sus rehenes.

Tambien en esta época desembarcó en el Japon, en clase de visitador general, el P. Alejandro Valiñani, que, nacido en Ci-

vita-di-Chieti, en el Abruzo, por los años de 1537, se habia dedicado desde su juventud á la carrera eclesiástica; y como pertenecia á una familia distinguida, obtuvo algunos beneficios. Sus talentos hubieran podido muy bien elevarle á las dignidades eclesiásticas; pero prefirió ingresar en la Compañía, y desde aquel dia solo sintió una ambicion, la salud de las almas. Mercurian, que conocia su prudencia, virtud algunas veces superior al celo, le comisionó al Oriente para que vivificase aquellas cristiandades errantes; y algunos años después, ratificando Aquaviva todos sus poderes, le escribió: «Sabiendo que os hallais en las Indias, vivo «tan descuidado como si estuviese yo mismo; porque estoy seguro de que yo mismo no seria capaz de gobernar mejor la parte «de la Compañía que os está confiada, y no menos bien la gobernaríais toda entera si os halláseis vos en mi lugar.» Apenas hubo llegado al Japon, cuando queriendo rodearse de las luces de los Jesuitas que durante tan largo tiempo habian sostenido el ardor y las fatigas del apostolado, convocó en Cocinoux á los Padres diseminados, quienes á excepcion de los de Meaco, cuyo paso está impedido por las guerras, acudieron á la voz de su jefe; decidiéndose en este consejo provincial, celebrado en 1580, 1.º que los misioneros se repartirian en tres divisiones, á saber, la de Meaco, la de Figen y la de Bungo; 2.º se designaron las casas que deberian servir de colegios, y 3.º que se fundase un noviciado, en donde se deberian admitir indistintamente europeos y japoneses.

Valiñani iba á renovar con su sola energía los prodigios de Francisco Javier. Después de haber distribuido los Padres en sus respectivas misiones, se puso en camino para la corte de Arima, cuyo jóven monarca era cristiano á medias, ocupado enteramente en disensiones de familia, en antipatías entre los suyos, y en la guerra que sostenia con sus vecinos. Los bonzos vigilaban por otro lado á la puerta de su alma, teniendo sus sentimientos cristianos. Tal fue la ocasion en que el Jesuita se presentó á este príncipe. Solo, sin séquito alguno en derredor suyo, pero hablándole con aquella autoridad con que Dios favorece á sus elegidos, después de reanimar su abatido espíritu, y de haber escuchado de su boca los temores que le hacia concebir la guerra, le impulsó á recibir el Bautismo, en que le puso el nombre de Protasio, y por último viendo que su neófito necesitaba la paz, se presentó al

dia siguiente en la tienda del feroz Biozogues, y obtuvo la paz que solicitaba.

Biozogues habia cedido al ascendiente desconocido que sobre él ejercia el Jesuita; pero fue para conducir sus victoriosas armas contra el rey de Bungo, á quien habian asegurado los bonzos que, si no abrazaba el catolicismo, obtendria una victoria completa. Joscimundo cedió á sus instancias, y no quiso abjurar el culto de los idolos. Mas á pesar de su creencia y de la prediccion de los bonzos, continuaba Biozogues sus conquistas; y ya de los seis reinos que habia legado Civandono á su heredero, estaban tres en manos del vencedor, y los restantes iban á caer tambien, cuando cansados los grandes y el pueblo de las vanas promesas de sus bonzos, se dirigieron al antiguo amigo de Javier. Civandono sale de su retiro á instancias de su hijo, y para consolidar el trono vacilante, tomó de nuevo las riendas del gobierno; reclutó un nuevo ejército, colocó á la vanguardia á los catecúmenos, batió completamente á Biozogues, restableció la paz, y se volvió á retirar á su amada soledad.

Embarcóse en seguida Valiñani para Meaco, á donde llegó el 1.º de marzo de 1581. Nobunanga y sus tres hijos, que habian acogido anteriormente con grandes demostraciones de júbilo al P. Organtini, se apresuraron á honrar con iguales pruebas al Jesuita que se dejaba ver por la primera vez en su corte; pero semejante recibimiento envolvía una segunda intencion. Este Príncipe era un soldado valiente al par que audaz y entusiasta, y se habia llegado á persuadir que los Padres popularizarian su nombre en Europa por medio de sus relatos; consideracion decisiva en su espíritu, y que le habia hecho dar otra direccion á sus ideas. Ofrecíase de continuo á su imaginacion la superioridad de los nuevos dominadores de la India, en cuya patria deseaba hacerse temer y apreciar á un mismo tiempo. Así es que esperando únicamente de los Jesuitas la realizacion de su ensueño, empezó desde luego á manifestarles tanto agasajo como afeccion. El Padre Organtini habia obtenido una casa con su iglesia en la ciudad de Anzuquiamá, erigida por el conquistador en memoria de su grandeza, como hicieron Alejandro y Constantino; mas no contento con esto, solicitó del Monarca un colegio, que este le otorgó sin dificultad, y aun quiso contribuir á su ereccion con su patrimonio, inaugurándose muy luego el establecimiento con el in-

greso de veinte y cinco jóvenes de las mas distinguidas familias.

Mientras que Cabral y el Jesuita japonés Vicente llevaban la luz de la fe al valle de Yu, en el reino de Bungo, triunfó Valiñani en Nangasaki de una sublevacion, originada por una querrela de un portugués con un natural del país. Entre tanto Nobunanga no cesaba, con la idea de su ulterior grandeza, de admirar y proteger á la religion católica, proyectando bautizarse en el seno mismo de aquella ciudad en que prodigaba el oro de sus victorias, y en la que se edificaban palacios en vez de casas. Sin embargo, abrigaba en su alma un disgusto respecto á sus inclinaciones voluptuosas: «Relajad, decia al P. Organtini, la ley sobre esta materia (sobre la poligamia), y el soberano mas formidable del Japon no vacilará en proclamarse cristiano católico. «—No soy mas que el intérprete de una ley, que no solo no es particular á la Religion que admirais, le decia el Jesuita, sino que ha sido igualmente impuesta á todos los hombres.»

Viendo Nobunanga que Organtini no accedia á sus deseos, se dejó embriagar de su orgullo y vanidad; y una vez que el cristianismo no aceptaba las condiciones que trataba de imponerle, quiso hacerse adorar. Como era poderoso, magnífico, y sobre todo inexorable, la codicia y el miedo le rodearon de serviles palaciegos dispuestos únicamente á lisonjear sus pasiones. Habíase hecho erigir una estatua, y los monarcas tributarios, los magnates y el pueblo se apresuraron á ofrecer incienso en las aras de esta divinidad mortal; únicamente los neófitos se negaron á asistir á esta prostitucion pública. El Príncipe no manifestó indignacion alguna por esta repulsa; pero el 14 de mayo, pocos días después que este nuevo Nabucodonosor se habia deificado á sí mismo, mandó salir de Meaco á sus tres ejércitos, quedándose casi aislado en su palacio y en la ciudad, donde entró en seguida Aqueki, uno de sus generales, con un cuerpo de tropas escogidas. Avisado el Príncipe, cree que una sola mirada suya tendrá bastante magia para comprimir los insurreccionados, y se deja ver en el balcon, cuando es herido en un hombro por una flecha. Nobunanga la arranca con la intrepidez del orgullo, y se lanza sobre los agresores; pero es pasado por una bala en el pecho. Herido de muerte Nobunanga se refugia en su palacio, y aunque ha escapado de manos de sus súbditos, estos quieren que perezca. Incendian el palacio, este es devorado por las llamas, y el Dios de